



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL VERANEO EN MADRID



UNO DE SUS PRINCIPALES ALICIENTES

SUMARIO

TEXTO: Advertencia.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Cuanto, por Eugenio Sierra.—Pobre Jardinería, por Juan Pérez Zúñiga.—La jota de «El duque de la Africana», por Miguel Emilio Tormo.—El mirriñaque, por Eugenio Sellés.—Es el Prado, por Sinesio Delgado.—Oh, la experiencia, por Antonio Montalbán.—Cosas del vaig, por Pascual Cucarella.—Miniatura, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El retrato en Madrid.—Nuestros bañistas.—Anuncios, por Cilla.

SUPLEMENTO: «El duque de la Africana», 21 fotografías de L. Romea y Compañía, tomadas de 19 fotografías de la Sra. Vinda de Anzura y 2 del Sr. Huertas.

ADVERTENCIA

Al presente número acompaña el SUPLEMENTO ofrecido en el anterior.

Repetimos, porque no está de más, que los compradores tienen derecho a recibirlo sin aumento alguno en el precio corriente, y advertimos de nuevo a los corresponsales y vendedores que nos han hecho preguntas en este sentido que no deben ni pueden exigir más de 15 céntimos por cada número, con su suplemento correspondiente.

EL ADMINISTRADOR



Desde Figueira.

Por algo se dice que Figueira es la mejor playa de Portugal. De año en año aumenta el número de bañistas, y hay aquí una *Câmara de comercio* que procura a toda costa introducir reformas en la población y amenizar la existencia del forastero.

Por de pronto, á mí me obsequiaron con una serenata en cuanto puse los pies en Figueira.

—Saludamos en usted—me dijo un individuo de la comisión de festejos—al representante de la prensa española.

Tal era mi emoción, que no pude contestarle, pero agradecí profundamente el agasajo, y á mí vez, en nombre de mis compañeros en letras, abracé á un músico, no sin apartar antes el trombón, por si acaso.

Estoy, pues, *haciendo* de persona importante, y ya quisieran muchos diputados de mi tierra haber obtenido un recibimiento así; pero yo no me envanezco y continúo hablando con todos, para que mañana puedan decir mis panegiristas:

«Era modelo de padres y personificación de la más absoluta modestia. En Portugal dábanle serenatas que él agradecía profundamente, pero sin que se notase en D. Luis el menor síntoma de vanidad. Antes por el contrario, mostrábase de día en día más cariñoso con las clases necesitadas; y lo mismo acudía al Casino Mondego, punto de reunión aristocrático, donde se juntaba lo mejor de Barba de Puerco, Villasandía y Baticóla de Abajo, como se tendía en la playa á dormir la siesta junto á un bañero.»

«¡Cuántas veces le hemos visto en el café Español, uno de los mejores establecimientos de Figueira, bebiendo aguardiente de caña como el más humilde de los mortales! Por lo general buscaba la compañía de los artistas y era su compañero inseparable un joven portugués, picado de viruelas, pero una verdadera notabilidad tocando el acordeón.»

Con todo esto quiero decir que, á pesar de la serenata, continúo siendo el mismo y que pueden ustedes seguir tratándome con la franqueza de siempre. No quiero que se me confunda con otros españoles que llegan aquí, y en cuanto se oyen tratar de *excelencias*,

perden el sentido y ya no saldan á nadie, ni vuelven á comer sardinas asadas.

Hay aquí un vecino de Torrejón que se ha envanecido hasta el punto de no querer tratarse con una criada suya, porque se la encontró el otro día lavando unos pañuelos.

—Eso es deshonrar á la familia—gritaba él.—¡Estás viendo que nos llaman *excelencias* y te pones á lavar!

—Pero, hombre; era por entretenerme—decía ella.

—Nada, nada; hemos concluido.

Hasta ahora somos pocos los españoles veraneantes; pero de día en día va aumentando la colonia. Por la mañana nos lanzamos al mar; por la tarde al café Español, donde departimos sobre cosas de España. El dueño del café es un compatriota nuestro, sumamente amable, y nos recibe con cariñoso interés; lleva algunos años residiendo en Portugal y está admirado de lo que sucede ahí todos los días. Á lo mejor nos pregunta:

—¿Podrían ustedes decirme qué ha sido de Fulano?

—¿Fulano? ¿Uno que andaba por los cafés vendiendo gafas?

—El mismo.

—Pues ahora es senador del reino.

—¡Qué barbaridad! ¿Y Perengano?

—¿Cuál?

—Uno que pedía pesetas en la calle de Sevilla.

—Ah, sí! Pues ése está ahora de concejal y va á hacer una casa en la Guindalera.

El hombre no sale de su asombro, porque es lo que él dice:

—Aquí también se improvisan los personajes, y la prueba está en que yo tuve un mozo en mi establecimiento, y ahora es obispo *in partibus infidelium*; pero todavía no se ha llegado á lo que sucede en España.

—Pues aún hemos de ver cosas mejores, y si no, al tiempo.

Todos los que llegan de España vienen hablando del calor. Aquí no lo conocemos, porque éste es un país delicioso, donde reina una temperatura dulce y suave. Así y todo, los figueirenses, poco acostumbrados á los rigores estivales, aseguran que hace un calor *horrible*, y en cuanto pica el sol ligeramente, ya están desabrochándose el chaleco y exclamando con voz cavernosa:

—*Inte á unha verdadeira calamidade. ¡Qué caloroso!*

Baste decir á ustedes que ayer fui á pagarle la visita á uno de los principales vecinos de esta ciudad, y le sorprendí paseándose por la sala en calzoncillos. Su esposa, con enaguas y matiné, estaba sentada sobre una estera, y los niños andaban por la habitación, de rigorosa epidermis; es decir, tal cual habían salido del claustro materno.

—Usted dispense—me dijo el cabeza de familia,—pero con este calor no podemos vivir.

—Pues si hace un tiempo muy hermoso!—repliqué yo.

—No diga usted eso, porque estamos *abrassados*.

Y el hombre fué á meter la cabeza en la palangana.

En cambio hay aquí alguna familia española que teme morirse de frío y acude á la playa vestida de invierno. La mamá dice á cada paso:

—Niño, tápate la boquita, que te vas á constipar. Ramona, póngale usted una toquilla á Baldomerito. ¡Jesús! ¡Qué fresco corre!

Cuando salen del baño se meten todos debajo de una manta, porque la señora es de las que creen que las pulmonías andan por el aire y con sólo abrir la boca se cogen una ó dos. En su afán de que no se constipen los niños, no los lava nunca; así es que las pobres criaturas parecen de raza mala, y cuando se quitan las medias para bañarse, todos creemos que tienen puestas las botas.

**

Este año se han hecho obras de importancia en el Casino Mondego, que abrirá sus puertas un día de éstos.

En pocas playas habrá un punto de reunión con las excelentes condiciones de este Casino. Á él acuden durante la temporada todos los españoles que aquí veranean, y las señoritas encuentran en él la ventaja de pasar bailando las veinticuatro horas del día.

El baile constituye uno de los principales placeres en esta deliciosa playa; de modo que la juventud es aquí feliz completamente, porque no cesa de danzar.

El año pasado, á una chica de Miguelturra se le puso el dedo gordo del pie derecho que daba lástima, y la pobre no podía moverse.

—¡Ay! ¡Cómo largo el pie!— exclamaba.
 —¿Le ha salido á usted algún uñero?— le preguntamos.
 —No, señor; esto proviene de un vals— dijo la infeliz, quitándose la babucha y mostrándonos el dedo, que parecía un bigo.
 Pronto comenzarán los valseos rápidos y los rigodones de complicación laberíntica.
 El cielo proteja las extremidades de nuestras bellas paísanas, y nos defienda á nosotros, los padres de familia, contra los zapateros; porque no ganamos para calzado.

LUIS TABOADA.

CUENTO

Luceño me lo contó,
 y le pase un verso yo
 sin querer añadir nada;
 si al público no le agrada,
 ¡responda Tomás, yo no!

Bien; pues en la Biblioteca que llamamos Nacional, y que sólo á ciertas horas abierta al público esta, entró un inglés una tarde con intención de estudiar no sé qué comedia ó drama del escritor inmortal que á su patria y á los suyos honra y fama á un tiempo da. (No le nombro porque el nombre entra en el verso muy mal y porque con tales señas todos le conocerán.) Se dirigió á un dependiente el inglés sin vacilar y pidióle en castellano, aproximado no más, la obra en inglés del poeta que quería consultar.
 —Imposible— dijo el otro;— hace seis años... quizás siete... tal vez ocho... acaso nueve... en fin, yo no sé ya cuántos... que aquel señor gordo sentado en aquel diván lleva al abrir esas obras y las devuelve al cerrar.
 —¿Y no me haría el obsequio por un instante no más de dejarme... Yo despacho

con la mayor brevedad.
 —Dígaselo usted... —En su vida.
 —Y yo creo que lo hará.
 Fué el inglés al gordo, hablóle en su idioma natural, y el otro, abriendo la boca, se quedó sin contestar.
 El inglés volvió á la carga, un poco amoscado ya, y el otro seguía abriendo la boca, más y más, hasta que el inglés, mohino por aquella terquedad, fué y se cambió al castellano, con vistas al estalón, y dijo al otro: —¿Usted no habla el inglés?— ¡Yo que he de hablar! contestó el gordo.— Pero, hombre... —Ni le he entendido jamás.
 —¿No está en inglés esa obra? —¿Ya lo creo que lo está!
 —¿Y la estudia usted?... —Hace nueve ó diez años, sin faltar un día.—¿Y con qué propósito?
 —Es un trabajo especial de erudición, y promete darme la inmortalidad.
 Hé aquí las obras del genio que yo estudio sin cesar... ¡Sé las y dobles que tienen y estoy contando las kas!

Y lo que Tomás Luceño me decía muy formal: ¡Cuántos son los eruditos que no cesan de estudiar para producir trabajos de esa misma utilidad!

EUSEBIO SIERRA.

¡POBRE JARDINERA!

Recorría Librada sus frondosos jardines abismada sabe Dios en qué graves reflexiones; acaso pensaría en el embate feroz de las pasiones... acaso en la ternera con tomate...

Ella fué que una hormiga que estaba en un castaño encaramada, dejándose caer, quedó agarrada al cuello de mi amiga.

¡Qué cosquillas le hizo, en su lunar que, con sus doce pelos, era todo un hechizo para algunos imberbes jovencitos!

La hormiga desde el cuello de Librada emprendió su bajada por aquel seno nacarado y fino, quedándose admirada de ciertos desniveles del camino.

A la vez otra hormiga vivaracha, rival de la aludida, fijándose en los pies de la muchacha, se le subió á un zapato, de éste pasó á la media al poco rato y emprendió su camino de subida, con ánimo sereno admirando bellezas del terreno.

Y subiendo la pobre con fatiga y corriendo hacia abajo la otra hormiga, se encontraron de frente. Tuvieron la sorpresa consiguiente: miráronse al principio de reojo; pero dieron después furiosamente

fienda suelta á su enojo y ambas quedaron en estado grave.
 ¿Qué dónde fué el encuentro? No se sabe.
 Lo cierto es que la linda jardinera vive muy desgraciada, pues desde el día aquel, está probado, siempre que dos hormigas se han faltado, se suben á Librada; allí zanjada dejan honrosamente su quimera, y le llaman al cuerpo de Librada el campo del honor... ¡Quién lo creyera!

JUAN PÉREZ ZOSIGA.

LA JOTA DE "EL DÚO DE L'AFRICANA"

AL MAESTRO CABALLERO

Quejas de amores ardientes por el deber comprimidos que ritman con sus latidos dos corazones vehementes. Ecos de alegre rondalla robusta, armoniosa, plena, que de la noche serena rompe el silencio, y estalla. Ramor de besos gozoso; trinos de aves cancioneras; murmullos que á sus riberas arranca el *Ébro famoso*. De una mujer que suspira, suspiros que van al cielo. Cantos de bélico anhelo que la libertad inspira. Fragar de recio combate contra estranjerías legiones; ronco tronar de cañones; de armas férreas rudo embate.

Gritos luego de victoria que los espacios atruenan y en todo el orbe resacañan pregonando nuestra gloria; amor á la patria hispana que palpita en cada nota... ¡todo eso encierra tu jota de *El dúo de L'Africana!* ¡Sus acentos inspirados llegan al alma vibrantes y á sus acordes brillantes, por tí á tu musa arrancados, se olvidan penas y enojos, se agitan los corazones, desborda en exclamaciones la boca, en llanto los ojos, y, allí en su templo, parece, ese canto al escachar, que la Virgen del Pilar de entusiasmo se estremece!

MIGUEL EMILIO TORMO.

EL MIRIÑAQUE

Según los periódicos de modas y los autores que de ellas entienden, la indumentaria femenina ha estado expuesta á una revolución.

El miriñaque vendía derecho á robar espacio al aire, soltura á la belleza mujeril y deleite á los ojos masculinos, formando aquel conjunto ancho y desgarrado en que mujer y miriñaque parecían como campana con dos badajos.

Por fortuna, el pueblo inglés, poseedor del sexto sentido, el sentido práctico, ha ahogado el germen perturbador burlándose en las calles de Londres de la primer innovadora que se ha atrevido á pasear la bandera revolucionaria.

La intentona se ha reducido á límites modestos, contentándose con ensanchar, tímidamente, el borde inferior de la falda.

El espíritu moderno no ha consentido la resurrección de esa anti-gualla, porque sabe que lo hueco está muerto definitivamente.

El mundo va á lo macizo, y así como pasan sus edades geológicas, pasó la edad del miriñaque. Y pasan no solamente el miriñaque de la mujer, sino también los miriñaques de la sociedad; y se van con el miriñaque de tela que ahueca las formas femeninas el miriñaque de la oratoria que ahueca la política, el miriñaque de la retórica que ahueca la literatura, el miriñaque de la prosapia que ahueca las razas. Todo eso feneció para dejar los contornos verdaderos y positivos que señalan el cuerpo pleno sin vanos ni falsedades, el peso específico, la médula, la sustancia, los nervios y los músculos. La carne en la mujer; las pasiones y los caracteres que son la carne en la literatura; el pensamiento y el hecho que son la carne en la política; las obras y virtudes propias que son la carne en las razas. En todo se elimina la linfa que abotarga: la sociedad va sanando de la albuminuria crónica que la hinchaba.

Mirad á los cuatro vientos. Ved la política; entrad en las Cortes, la antigua fábrica de palabras.

En ese hemiciclo han resonado las voces más elocuentes del mundo moderno.

Esa bóveda cerrada por corona de cristales era como tornavoz que, agigantando la palabra, la arrojaba en resonancias infinitas á todos los ámbitos de la Península. Cada oración pronunciada allí, en otro tiempo, parecía descender del cielo; cada retórico era un oráculo en cuya infalibilidad creían nuestros políticos rurales con igual fe que los paganos en la frase sibilítica de Delfos. Entonces de una voz sonora se hacía un ministro; un período redondeado deshacía á un gobierno; un apóstrofe viril derribaba á un coloso; una conminación audaz conmovía un trono. La figura retórica tomaba allí la figura de la bestia apocalíptica.

Todo aquello era, sin duda, grande, pero hueco, á la manera de globo aerostático; se ha deshinchado y ha caído. Ni su fantástico volumen asusta, ni su vuelo eleva á nadie, ni su caída duele al país. Ahora privan la sencillez, la realidad, la línea recta. Los mismos maestros han dejado para los novicios la tambora retumbante, la caja de truenos y las flores sin sustancia.

El parlamentarismo está en postración cercana de la muerte, y ya se dice por todas partes que la declamación política anda peor

NUESTROS BAÑISTAS



El bizarro y pundonoroso general Blázquez, gloria de nuestra infantería.



La elegante y espiritual señorita de Retama, cuyo morbido seno han cantado hasta en octavas reales los poetas de té con pastas.



D. Fructuoso Montánchez, dueño de una acreditada tienda de ultramarinos en uno de los sitios más céntricos de la corte.



La Amparo, que está ahora con un vizconde auténtico.



D. Remigio Gómez, empleado con 12.000, á quien han traído á remolque su esposa y una cuñada para que se tume la paga de medio año.



La excelentísima señora condesa del Puero, cuyas maneras distinguidas son el encanto de sus admiradores.



El conde de R., que veranea de incógnito y gana siempre al bacarrat, no se sabe de qué manera.



Mies Bruwton, institutriz de la señorita de López, y del papá de la señorita de López.



El Sr. Pastrana, exministro, gran cruz de Isabel la Católica, consejero de ferrocarriles, etc., etc.



La respetable señora de Núñez, que toma baños de ola por prescripción facultativa, para no morir sin descendencia.



El ilustre vástago de los duques de la Herradura, destinado á continuar las glorias de sus antepasados.



D.ª Estefanía Picadillo, dueña de una acreditada casa de huéspedes y viuda de un brigadier durante el verano.



Roberto Gomalaca, casado por guapo con una rica heredera, con cuya dote ha venido á curarse una ligera afección erisipelatosa salvada por la parte.



Rosita Iniguez, antigua conocida del anterior y atacada de una afección de la misma índole.



El distinguido sportman Sr. Pinchez, nata y flor de la aristocracia de la sangre.

que la escénica. Ese miriñaque ha pasado, cambiando su balumba inútil por cortes nuevos que se cifien al cuerpo y abrigan el estómago.

Mirad á ese punto cardinal del horizonte por donde ha navegado largo tiempo otro globo hinchado. La literatura gastaba también su miriñaque, que no era sino la forma meramente externa; el arte de la cadencia; el mosaico de la palabra; el verso hueco como la caja del laúd de los trovadores que simbolizaba, con fiel semejanza, la vieja poesía, la literatura homeopática que diluía un gránulo de ideas en toda el agua de Hipocrene, la fuente amada de las musas clásicas. El verso en nuestros poetas nuevos se ha hecho también macizo como inscripción esculpida en bronce.

La novela rellena de lances y aventuras, y vacía de gentes y pasiones, tejido de pomposas enredaderas, y baldía para los frutos, está sustituida por la exposición continuada de figuras de carne y hueso.

El teatro, tinglado de tablas movédizas que sonaba también á hueco, es ya suelo firme donde los seres animados pisan como en el salón ó en la calle.

La prosa mete el verso en el foso, como se mete al muerto en la caja de madera, y queda señora del escenario, que es ya un pedazo del público mismo, del público ese que silba ó se aburre cuando al aseomarse por el marco del espejo escénico no se ve, no se oye ó no se conoce á sí propio, con su cara, con su lenguaje, con sus sentimientos, con su modo de andar, de proceder y de vivir.

Mirad á lo alto y veréis otro chirimbolo vano: un tambor de pergamino; es el símbolo de la prosapia, símbolo perfecto, porque ésta proceda de hazñas guerreras representadas por el tambor, y de ejecutorias escritas en pergamino. Es el miriñaque del apellido. Fué en tiempos lejanos armés de batalla, que cubría cuerpos duros como el acero que soportaban; es hoy ahuecador que encubre la lina de la vida ociosa y las piernas encorvadas por la escrofula. También ha pasado de moda. Las castas privilegiadas, ó van á lo sólido, ó van á la muerte. Observadas en la sociedad presente. Buscan notoriedad en la representación nacional á par del pueblo; buscan respeto en los títulos académicos á par del letrado antes servidor de ellas; buscan la conservación de su hacienda en el trabajo ó en la bolsa á par del traficante por ellas despreciado; buscan la sangre nueva para sus personas ó la restauración de sus castales heráldicos en cruces matrimoniales con razas antaño inferiores á la suya.

La especie que no ha transigido con el tiempo ha perecido en él. Están demolidos sus alcázares, donde nunca entraron sino con la cabeza baja el comercio, la industria y las letras, y sobre sus viejos solares se levantan, como en señal de triunfo, palacios para las letras, para la industria y para el comercio. El de acá se ha maticado con barras de oro y plata, el de allí con el plomo de los caracteres de imprenta. el de acullá es morada de un negociante plebeyo, aquel otro asilo de desheredados sin nombre.

Han pasado sus castillos á poder de villanos ricos que los convierten en casas de labranza; sus fundaciones eclesiásticas á industriales que convierten los góticos claustros en fresquísimas bodegas; sus estados dominicales y sus cotos de caza al antiguo vasallo que los rotura y los siembra; sus tapices, sus armas históricas, sus sillales blasonados á chamarileros que los sacan de la sombra del salón semisagrado á la luz del público escaparate, para que los profanen el polvo de la calle y los ojos del granuja vagabundo.

Desaparece todo lo huero, por mucho que haya pesado en otros tiempos; todo, hasta el gran instrumento de fuerza que ha atronado con su ruido la historia, hasta el cañón, hueco cuando no está lleno de pólvora y de hierro; esto es el ejército de paz.

Europa tira al desarme. Mirad hacia Alemania; era un cuartel más que un estado, y sin embargo, se niega ya al inútil aumento de la fuerza en reposo.

¿Cómo, pues, había de restaurarse el miriñaque en la mujer, si no existe en las costumbres, ni en la vida, ni en el alma de la sociedad?

EUGENIO SELLÉS.

EN EL PRADO

—¿Usted por aquí, Loreto?
—¡Calle! ¿Pues si es don Benigno!
—¿Cómo están ustedes, niñas?
—Bien, y usted?
—Delicadillo.
—¿No sale usted este verano?
—No salgo; me han prohibido los médicos que me mueva de Madrid en el esto.
Dicen que el cambio de clima puede serme muy nocivo, porque tengo hace años meses los nervios excitadísimos.
—¿Caramba! ¿De veras?
—¡Vaya!
—Pues yo tenía entendido que justamente los viajes producían el alivio de la excitación nerviosa.
—Según en el individuo que recarga. Todo el mundo

no se cura con lo mismo.
—¿Hay tantas idiosincrasias!
—Eso dice mi marido, que se empeña en que los baños de mar le pondrían tísico.
—Y es fácil. Ya ve usted, yo, que siempre estoy enfermizo, creí que me convendría pasar un mes en un sitio montañoso; Suiza, Asturias...
Pues el médico me ha dicho: «Por Dios! no haga usted locuras que le pongan en peligro.
No le dejo á usted que vaya, si es caso, más que al Retiro!»
Y aquí me tienen ustedes, que había tomado un piso en San Sebastián, y tengo que perder el anticipo...
—¿Como nosotras!
—¿Tampoco

van ustedes?
—No salimos por éstas.

—¿No les conviene?
—Si les conviene, de fijo, pero el doctor Valdegrana, ya usted le conoce, un chico muy haeno, que está que bebe los vientos por Patrocinio, me ha dicho: «Doña Loreto, créame usted como amigo, Dolores y Patro tienen dos aneurismas grandísimos, uno cada una.»

—¿Dónde?
—Muy cerca de los ventriculos, y ambas están muy expuestas á pegar un estallido.

—¿Caracoles! Eso es grave.
—Tan grave, que estoy en vilo, y usted figúrese cómo, sabiéndolo, me decido á exponerlas á un percance del [expres...]

—¡Cál ni del mixto.
—Después de todo, no importa no salir; más divertido

que Madrid en el verano no hay nada.

—Lo mismo digo.
Las noches están muy frescas, están abiertos los circos, los teatros, y el paseo, como usted ve, animadísimo.
—Y se queda mucha gente.
—¡Ah, muchísima! Ya he visto un poquito más abajo á las de Caramelillo, que tampoco salen.

—¿Esas?
—¡Que han de salir! el marido anda pegando sablazos de á peseta á domicilio.
—Pues ellas me han dicho ahora que el médico no ha querido que se muevan, porque tienen no sé qué granos malignos...
—¡Ríase usted de los médicos!
—Ya lo creo que me río.
—Como que son los que cargan con las culpas del bursillo! Conque adiós, Loreto; adiós, niñas.

—Adiós, don Benigno...

SINESIO DELGADO.

¡OH, LA EXPERIENCIA!

Al dirigirme á usted franca advertencia sobre su proyectado casamiento, me contestó al momento que le sobra experiencia de la mujer y el mundo. Pues... paciencia... mi querido señor, y escuche un cuento.

Érase que se era un novato y alegre conejillo á punto de dejar su madriguera con intención de darse una carrera y un hartazgo de salvia y de tomillo. Cumpliendo los consejos de precaución, orejas y cnidado, que le habían dictado los ancianos contejos que rascaban piojillos á su lado, antes de echarse fuera de la estrecha y oscura madriguera, dirigió las orejas hacia el viento y estuvo haciendo cido sin respirar, callado y encogido. Y pasado un momento sintió pasos de alguno que llegaba y al acecho en las bocas se quedaba.
—Un esperero!—dijo el gazapillo, y abandonando el centro de su atalaya, entró vivaz adentro, sintiendo la nostalgia del tomillo. Iba dando el alerta á cada paso; y un conejo muy viejo y con mucha experiencia... de conejo no le quiso hacer caso, pues afirmaba que él no había oído ni el mas ligero ruido, y con mucho tesón aseguraba, poniendo al conejillo como un trapo; que en orejas á él no le ganaba el conejo más guapo, ¡para que le ganase un mal gazapo! Total: el terco viejo, con toda su experiencia de conejo y un cumplido millar de garrapatas, á los pocos minutos *estiraba las patas*, víctima el infeliz de instintos brutos. Y una urraca asegura que en aquellos momentos de pavora exclamaba el conejo dolorido, en el último aliento: «La verdad es que estaba yo dormido cuando entró el gazapillo con el cuento.»

Pues eso digo yo: de nada vale la experiencia del mundo y las hermosas de que alardea usted, si luego sale, después de haber sufrido las tristes consecuencias de las cosas, con que estaba dormido!...

ANTONIO MONTALBÁN.

COSAS DEL VULGO

Lista, preciosa, bonita,
Lolita es una viudita
á quien tan guapa hizo Dios,
que en el pueblo hay más de dos
que se mueren por Lolita.

La gente marmaradora,
que de todo ha de hablar mal,
se fija en que si á deshora
Lolita la encantadora
va mucho á la capital.

Joven, buen mozo, elegante,
Pepito es tan arrogante
y tiene tan buena facha,
que al admirar su talante
tiembla más de una muchacha.

¡Y lo mala que es la gente!
El vulgo, en infamias ducho,
obsérva frecuentemente
que Pepe, muy diligente,
también suele viajar macho.

Y con malicia probada,
con burla disimulada,
dice el pueblo callandito
que á la capital nombrada
con frecuencia va Pepito.

Mas yo creo que, en conciencia,
mal el caso el pueblo cita,
puesto que bien se evidencia:
Pepe no va con frecuencia,
sino que va con Lolita.

PASCUAL CUCARELLA.

MINIATURA

Elena, la corista
más guapa, más simpática y más lista
de todos los teatros de la corte,
se decidió por fin, y en cuanto quiso
tuvo un valiente que la puso piso,
la compró alhajas... y pagó el importe.

Y la que sacó en un día
encanto de los socios de la Peña
cantando *Los de Cuba* y *La Gran Vía*
y haciendo en cada nota alguna seña,
quedó instantáneamente oscurecida
á pesar de sus joyas y su coche,
dándose buena vida.

Hasta que ya una noche,
sintiendo el aguijón del coqueteo,
por espacio de un año reprimido,
convertirse en indómito desco,
apareció en su antiguo coliseo
en un palco, en unión de su... marido.

Sus compañeras de antes,
al verla se sintieron humilladas,
siguiendo con atónitas miradas
el continuo fulgor de los brillantes.

Y ¡lo que son las cosas!
Elena, á la que todas, por su buena
fortuna, contemplaban envidiosas,
¡las miraba, á su vez, como dichosas,
sintiendo la nostalgia de la escena!

FEDERICO CANALEJAS.

CHISMES Y CUENTOS

Ante todo debemos dar al respetable público las más expresivas gracias.

Al solo anuncio de la publicación del suplemento han menudeado de tal modo los pedidos de ejemplares, que nos han hecho á última hora doblar la tirada, ó poco menos. Comprendo que este éxito anticipado se debe, más que á nosotros, á la gran resonancia que ha tenido la obra, causa ocasional del regalo.

Pero de todos modos... el agradecimiento no ocupa lugar.

Sólo sentimos una cosa:

Que por la precipitación con que ha habido que hacer los fotograbados y los ahogos producidos á última hora por el aumento de tirada no salga el suplemento con la perfección á que nosotros aspirábamos, pero... ya harán ustedes el favor de dispensar las faltas, ¿eh?

Ya mi guitarra
no tiene cuerdas;
de la madeja de tu pelo negro
dame seis hebras.

ENRIQUE REDEL.

En el juzgado:

—¿Qué profesión tiene usted?

—Tourista.

—¿Hombre! ¿Y por dónde viaja usted?

—Por ninguna parte. No salgo del redondel mientras se corren los embolados.

—¡Ah! Entonces, usted ha querido decir torero...

—No, señor, no; ¡qué más quisiera! He querido decir nada más que aficionado á toros.

—Cásate con Paz, que es joven
y buena, y guapa y curiosa.
—Curiosa, sí, ¡siempre indaga
todo lo que no le importa!

Las personas que sostienen
que no hay quince abrilés feos,
no conocen de seguro
á una vecina que tengo.

RAMÓN SONGEL.

La huelga de zapateros, que cunde, va tomando en cada población aspectos diferentes.

En Valencia se han cerrado las tiendas.

En Tarragona se han retirado de los escaparates las botas hechas que servían de anuncio, indicando que se suprime la respetable clase de vendedores de calzado y que sólo quedan los que toman medidas...

Pero, bien mirado, ¿qué importa que la huelga se generalice?

Al paso que vamos, la nación se va á quedar descalza... Y para los días de fiesta, con que trabajen los alpargateros tenemos bastante.

Hay vates que dedican
su vida entera
á hablar con ruiseñores
en la arboleda.
¡Vivan los vates
que entablan discusiones
con animales!

Cuando, hablando de su novia,
dice el novio que es un ángel,
ó no sabe lo que dice,
ó no dice lo que sabe.

SANTIAGO GRASSA.

La Gran Vía se titula el nuevo colega semanal que, dirigido por el graciosísimo é inagotable Felipe Pérez, ha venido á demostrarnos lo mucho bueno que se puede hacer en esta clase de publicaciones.

Dos números han visto la luz hasta la fecha, y los dos son verdaderas joyas. En fin, ya ustedes lo sabrán, porque se han agotado las tiradas inmediatamente.

Nosotros no tenemos más que hacer que admirar y saludar al distinguido compañero, al cual deseamos larga y próspera vida.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Araña.—Bonita filósofa del amor, pero trasnochadica y cursi como ella sola.

Sr. D. P. Z.—También ese soneto es bueno... para remitírsele á la interesada bajo sobre.

n. c. y t. de Z. c. o.—¿Sabe usted lo que parece? Un romance de ciego contando una cosa maravillosa. No le falta más que la invocación á la Virgen Santísima.

Sr. D. J. G. B.—Medianita es, si se ha de hablar con toda franqueza.

Perico el de los palotes.—Empieza usted diciendo:

«Fué tanto lo que me gustó...»

y no se puede seguir por ese camino. Porque eso no es un octosílabo en ninguna parte.

Pepolipi.—Los chismes son medianos, pero el soneto de anuncios es malo de remate.

K. D. Nilas.—Encuentro y siento no serán consonantes hasta que bajen los cambios. ¡Y están á 20!

Rodejas.—No, hombre, no es por eso. Es porque no se puede contestar á todo el mundo. Sigo siendo estricto como usted dice... sin que yo lo entienda.

Sr. D. A. C. S.—Se publicará la titulada *Hágase usted ilusiones*.

El doctor Centeno.—Muy poquita cosa.

K. Tástrofa.—No tiene más gracia que la que buenamente se desprende de los esdrújulos, y es tan escasa...

El Diávolo.—El metro sí está bien, pero la rima... ¡usted dispense!

Perfiles.—Flojitas las fábulas. Eso de que á Estefanía se le rompiera la malla al brñarse... podía ser cierto si alguien se bañara con mallas. Usted se refiere á los baños de ola del teatro.

Sosito.—¿Que qué opinamos? Pues... eso. Que es sosita y larga como la cuaresma.

El coloso de Rodas.—Voy á copiar un par de obras literarias, como usted llama á las alayayas:

«No te levantes temprano
ni en invierno ni en verano.»

«No comas muchos melones,
porque dan indigestiones.»

Y se acabó la literatura.

Sr. D. M. Z.—No tengo que decir á usted más que una cosa. Que el verbo *incar* no se escribe así, porque está muy feo.

Sr. D. P. M.—¿Qué haríamos para lograr que *colonna* y *duerme* fueran consonantes? ¡Ay! No se me ocurre nada de provecho.

Sr. D. A. M.—Lo referente á los *padres de familia* está demasiado traído y llevado por los periódicos, y la otra carta es de índole tan personal...

Port Tarascón.—La obra que indica está en casa de Hidalgo, Cedaceos, 4. La composición resulta larga, dada la vulgaridad del asunto.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 924.

ANUNCIOS



CONSTITUCIÓN DE UN ESTADO FELIZ.—Capítulo único.

Artículo 1.º Todos los ciudadanos usarán mosaicos hidráulicos en los pavimentos de sus casas.

Art. 2.º No se permiten otras baldosas que las especiales en patios, cocheras, cuartos, azoteas y terrazas.

Art. 3.º Todos los techos se adornarán con artesonados y florones.

Art. 4.º No habrá otros adornos en las habitaciones que objetos de arte en mayólica, cerámica y barro.

Art. 6.º Para el cumplimiento de los artículos anteriores, se señalará irremisiblemente a la casa *Escofet y Compañía, Alcalá, 18 (Equitativa)*.



¡No tendrás la irritación que otros suelen padecer al refrescarse siempre con *Cognac fino de Moquer!*

Sobrinos de Guinea, Carretas, 27. Depósito de vinos, Arenal, 2.



El que quiera conservar fresco el cutis, limpio y suave, use siempre que se lave la *Colonia Palomar.*

Perfumería y Droguería. Fuencarral, 24.



Si todos los batallones llevaran como bandera un pantalón de *Pesquera*, lucharán como leones.

Magdalena, 20.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



...Las camisas de *Martínez* son tan buenas, son tan finas, que no las hacen mujeres, las hacen hadas y ondinas!

San Sebastián, 2.



Manchas, pecas, sabañones, barros, costras, quemaduras, granos, herpes, picaduras, eccemas y escoriaciones, todo, por gracia divina, se destruye por igual con el *Coldcream virginal* con base de glicerina.

(Trasque a una y dos pesetas.)

Farmacia de Torres Muñoz. San Marcos, 11, y San Bartolomé, 7.



García Carrasco entiende la aguja de marear, porque se ha hecho popular con los sombreros que vende.

Carretas, 26.



Una tarta de *La Flor* y *Nata* probé en mi vida, y fui a la iglesia en seguida a dar gracias al Señor.

Plaza de Celenque, 1.



Mal me sienta este verano, salgo a la calle y me escuro, voy al teatro y me aburro, juego al tresillo y no gano. Sólo me queda un consuelo: que duermo las grandes siestas, porque en una cama de éstas se está mejor que en el cielo.

Bazar de la plaza de la Cebada.

Número 1.



—Curriya, dí si me quíeréz maz que a tu vida.

—Chipén, porque tienés una dentadura de *Tirso Pérez.*

Mayor, 73.



—Niño, lograrás echar el bigote, si te frotas el labio con unas gotas de la *Quina Palomar.*

Fuencarral, 24. Perfumería y Droguería.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

MADRID CÓMICO

Suplemento al número 543.---15 de Julio de 1893.

EL DÚO DE LA AFRICANA

ZARZUELA EN UN ACTO ESTRENADA EN EL «TEATRO DE APOLO» EL DÍA 13 DE MAYO DE 1893



D. Manuel Fernández Caballero y D. Miguel Echegaray,

AUTORES DE LA MÚSICA Y DE LA LETRA RESPECTIVAMENTE

Giussepini (SR. MESEJO).



—No cantes más *La Africana*.
Vente conmigo á Aragón.

El bajo (SR. RAMIRO).



—Amina, te quiero mucho.

Grupo de salvajes.



CUADRO TERCERO

El Inspector (SR. ZAPATER).



—Á la cárcel todo el mundo,
y se suspende el teatro,
y se devuelve el dinero.

La Antonelli (SR. PINO).



—Vaya, hoy está de queda
Vasco de Gama.

Querubini (SR. RODRÍGUEZ).



—Letre milefranqui al Banco:
le trenta peseta á casa
per mangiare e per bere;
la perra per una caja
di fósfori. E una compaña
questa di ópera barata.

La Antonelli (SR. PINO).



—¡Jesús, y cómo ha apretao!

Grupo de bailarinas.



CUADRO TERCERO

Querubini (SR. RODRÍGUEZ).



—¡Glad
si sabe en Belchite! ¡Oh, Dio!

Doña Serafina (SRA. VIDAL).



—¡Él, que cuenta con orgullo
señores de horea y cuchillo
entre sus antepasados,
y un infante, y veinticinco
condes, duques y marqueses
y un abuelo suyo obispo
de Zaragoza!

Grupo de coristas.



—Pero ¿no habéis visto
qué disimulado?
Ella por la izquierda
y él por otro lado...

Grupo de sacerdotes y sacerdotisas.



CUADRO TERCERO

Amina (SRA. SALVADOR).



—Saró
honesto come mia matre.

Pérez (SR. LEÓN).



—Pide el sastre cien pesetas...

Giussepini (SR. SOLER).



—Yo no puedo dar el si natural, si no me agarro á la tiple...

Giussepini (SR. MESEJO).



—Signora Antonelli...

Amina (SRTA. SALVADOR).



—¡Ah, padre! Io non dovrei dirtelo, ma sono pazza.¡¡

Grupo de coristas.



—Si á usted le ofrecen copa y café y una tostada, ¿qué hiciera usted?

La Antonelli (SRTA. PINO).



—Yo he nacido muy chiquita y naci muy avispada, y naci muy graciosa y naci muy desgraciada. No sé ni dónde he nacido, si en una ó si en otra orilla. Sevilla dice que en Triana, Triana dice que en Sevilla. No tengo pare, no tengo mare, ni quien me quiera ni quien me ampare. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¿qué desgraciada naci hasta que te conocí!

Dos maquinistas.



CUADRO TERCERO